

Continuidad e incertidumbre. Relaciones Estados Unidos – América Latina: el caso de Nicaragua

*Alexander Montealegre Saavedra**

Resumen

Este artículo promueve una serie de reflexiones sobre las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina desde una mirada general y a través de un recorrido histórico con epicentro en Nicaragua, caso particular y representativo de estas relaciones. Destaca lo que representó, en su momento, la creación del Grupo Contadora como respuesta a los designios hegemónicos de los Estados Unidos, en especial, el papel desempeñado por esta instancia para la consecución de la paz en Centroamérica. Concluye con una serie de reflexiones prospectivas sobre la posibilidad de generar procesos de autonomía en la región.

Palabras clave: América Latina, autonomía, Grupo Contadora, hegemonía, imperialismo

Abstract

This article promotes a series of reflections on the relationship between the United States and Latin America from an overview and through a historical epicenter in Nicaragua as a representative case of these relations from the particular. Highlights what was at the time the creation of the Contadora Group in response to the hegemonic designs of the United States, in particular the role played by this instance to achieve peace in Central America. It concludes with a series of forward-looking reflections on the possibility of generating processes of autonomy in the region.

Keywords: autonomy, Grupo Contadora, hegemony, imperialism, Latin American

* Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos de la Universidad Central y docente del Área de Formación Investigativa de la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior - CUN.
Contacto: alexander_montealegresaa@cun.edu.co

Tiene sentido buscar el desarrollo de un conocimiento acumulativo verificable, pero debemos entender que solo podemos aspirar a formular generalizaciones condicionales, específicas respecto del contexto, más que descubrir leyes universales y que nuestra comprensión de la política internacional siempre será incompleta.

ROBERT KEOHANE, *Instituciones internacionales y poder estatal: ensayo sobre la teoría de las relaciones internacionales*

A manera de introducción

Este artículo surge de reflexiones provocadas en el marco de la cátedra abierta “Descolonización más allá de las Independencias” ofertada por el Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos (IESCO) de la Universidad Central. Si bien esta se orientó primordialmente a indagar (y develar) situaciones, procesos y pensamientos en el marco y contexto africano, siempre buscó hacer una lectura paralela de la situación en América Latina. En ambos casos, se trata de nuestra situación.

Durante el desarrollo de la cátedra, fue importante pensar en la responsabilidad que tienen los países del llamado, durante mucho tiempo, *primer mundo* en la conformación de países dependientes, en la miseria de las poblaciones, en la imposición de una cultura foránea, en la explotación, en la educación, en las prácticas religiosas lesivas, en fin, en la reproducción de una serie de situaciones que profundizan la asimetría, la explotación y que privilegian a las élites y poblaciones de esos mismos países. Asimismo, y en relación con nuestra América, no he podido dejar de pensar en la permanente serie de violencias que se han registrado en nuestras historias, con lo que queda en evidencia, de nuevo, que más allá de las independencias formales subyace una fórmula de control y dominación, el poder colonial interiorizado: nuestras mentes, nuestros proyectos, nuestros deseos, nuestra academia, etc., han estado en sintonía con el poder imperial (Hardt y Negri, 2006). En este sentido, es importante tener en

cuenta que este poder imperial, entre otras cosas, habrá de intervenir militarmente cuando así lo considere necesario para el mantenimiento de sus intereses. Si con estos mismos autores se parte de la idea según la cual ese poder se ha difuminado hacia la forma Imperio, entenderemos las razones necesarias (y urgentes) para pensar procesos de descolonización desde múltiples miradas: étnicas, de clase, de género, de relación con el ambiente, así, es fundamental empezar por complejizar nuestra propia mirada. En este escrito se pretende avanzar en la observación de una expresión vital de ese poder: el intervencionismo directo y vedado sobre formas tradicionales y alternativas de organización socio-estatal, en particular, el caso de Nicaragua.

La presencia de países *hegemónicos* en Latinoamérica no es reciente, se remonta a su colonización (invasión) por parte de Europa. Sin embargo, en el siglo xx fueron ondeadas las banderas del nacionalismo y del antimperialismo por diversas tendencias de todos los espectros ideológicos, dirigidas casi exclusivamente contra la intervención norteamericana en la región, mientras ignoraban –a excepción quizás de Sandino– que otros Estados y capitales (ruso, chino, europeo) no tenían mejores intenciones (tampoco las tienen hoy). El capitalismo es imperialista por antonomasia. Como afirma Amir, “el imperialismo en cuestión es capitalista y no debe ser confundido con otras formas anteriores de dominación eventual ejercida por un poder sobre distintos pueblos” (2009, p. 7), porque lo que

subyace a este análisis es la forma en que se va conformando una relación mutuamente constitutiva entre el desarrollo y el subdesarrollo, o entre el centro y la periferia, y que, igual, lo que produce es una profunda dependencia (explotación) que incrementa los niveles ya alarmantes de pobreza, desempleo, racismo, xenofobia, violencia y desesperanza (Rodney, 1982).

Es fundamental comprender el desarrollo histórico de estas tendencias. Por esto, en el presente escrito me centro en la contextualización histórica de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central en general, y analizaré los casos específicos de Nicaragua y el Grupo Contadora en un contexto permeado por la Guerra Fría. Para tal efecto, este trabajo se dividirá en tres apartes interrelacionados: 1) se intentarán mostrar las generalidades de dicha intervención en la historia, particularmente a través

del énfasis en el periodo señalado y la construcción de metarrelatos justificadores de un enemigo externo; 2) luego, se expondrán las particularidades del caso nicaragüense, específicamente durante el triunfo y colapso de la revolución del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), esto es, la década del ochenta del siglo pasado, época que mostró también lo que representó la política exterior de los Estados Unidos bajo la égida de Ronald Reagan y lo que podría significar en la actualidad su herencia política; y 3) por último, se traerá a colación lo que se considera, por algunos especialistas (Cepeda y Pardo, 1985; Arriola, 1986), el único intento de política exterior latinoamericana de carácter autónomo, por lo menos en sus inicios, y que se articula a la lucha por lograr una salida política al conflicto nicaragüense que amenazaba con su regionalización al involucrar a otros países en él. Se hace alusión, por supuesto, al Grupo Contadora.

Generalidades

Realmente, desde la independencia estadounidense y durante todo el siglo XIX, la importancia relativa de América Latina para los Estados Unidos fue más bien secundaria. Particularmente, porque la política exterior de este país así lo exigía, pues se mantenía la tesis aislacionista (Maira, 2006; Zinn, 2001) propugnada por George Washington al inicio del régimen republicano, con el claro objetivo de buscar un desarrollo a nivel interno, sin inmiscuirse en los problemas internacionales –europeos–. Además, el contexto internacional así lo imponía; el Reino Unido era el principal acreedor mundial y esto, obviamente, se constituía en un obstáculo importante para la participación de los Estados Unidos en el escenario mundial. Esto pese a lograr un muy importante desarrollo económico-industrial, particularmente después de la guerra de secesión (1861-1864) en la que el sur agrario y esclavista

fue derrotado por el norte industrial y emergentemente capitalista.

Sin embargo, durante este período de supuesto aislacionismo en la política exterior, en el año 1823 se promulga la conocida doctrina Monroe, que dirigía su atención sobre el continente americano recién independizado, con la intención de no permitir la intervención internacional de ninguna potencia europea: en el momento se afirmó que América era para los americanos. Esta doctrina es de vital importancia, ya que si bien al momento de su concepción los Estados Unidos no eran una potencia mundial que respetar, la esencia central de su texto ha sido tergiversada o adaptada cuando se ha hecho necesario para justificar intervenciones en el continente americano y obtener réditos de contextos históricos particulares. Sobre este asunto se ahondará más adelante.

Desde ese momento hasta inicios del siglo xx, se presentaron intentos aventureros individuales (v. g. William Walker en Nicaragua) con el respaldo diplomático del gobierno norteamericano, pero sin su intervención directa. Igualmente, debido al mayor desarrollo de la tecnología e infraestructura de los Estados Unidos, se empiezan a producir algunas contrataciones para la construcción de ferrocarriles con el propósito de tener acceso al mar desde zonas del interior; asimismo, no se puede olvidar la expedición de la ley del Guano, que establecía que si algún ciudadano estadounidense encontraba dicho elemento en suelo no habitado, este pasaría a ser propiedad del Gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, la presencia de este país en la región fue más bien irrelevante, a excepción importante de México, tras la guerra que produce la pérdida de más de la mitad de su territorio en los años cuarenta del siglo xix, la humillación sutil planteada en la firma y aceptación del tratado Guadalupe-Hidalgo, el alto nivel de inversiones ya mencionado, especialmente en empresas extractivas (frutas, minerales y posteriormente petróleo) (Zinn, 2001).

Bajo la administración republicana de T. Roosevelt (1901-1908) se presenta un giro total en el discurso de la política aislacionista y, desde entonces, las condiciones estructurales no le han permitido al Estado volver a ella. No obstante, como un elemento que permite entender mejor (y complejizar) esas condiciones estructurales (económicas), hay que decir, como lo señala Zinn, que estas intervenciones, que se empiezan a realizar en Filipinas y Cuba, se hacen bajo el pseudoargumento de “civilizar y cristianizar” (2007, p. 219) a poblaciones que por sus propias condiciones lo necesitarían. Este es el mismo argumento paternalista, machista, racista, desarrollista y moderno que se presentará desde que se quieren justificar dichas prácticas. Este nuevo periodo, conocido como internacionalismo,

se inicia con el apoyo a Cuba para lograr su independencia de España en 1899; ahora bien, sin duda, el aspecto más relevante en estos años es la implementación de la política del Gran Garrote para los países latinoamericanos, que se justifica en lo ya expresado y en la supuesta incapacidad de los gobiernos para mantener el orden y la estabilidad y, por lo tanto, requerir urgentemente la intervención militar.

Para Colombia, esta época representa un sino trágico, ya que en ella se produce la secesión de Panamá con el objetivo geopolítico de construir un canal interoceánico. Pero aquí no termina la nueva sucesión de intervenciones a la luz de la tergiversada-adaptada doctrina Monroe, pues se invade a República Dominicana en 1904 y entre 1915 y 1918 es considerada como protectorado; en Cuba, tras la guerra de liberación nacional, las tropas norteamericanas permanecen en suelo cubano y se retiran para volver entre 1906 y 1909 bajo ocupación militar; también se ocupa Honduras en 1911; Haití entre 1915-1934; El Salvador, cuya experiencia fue una de las más trágicas por la cantidad injusta de muertos (se habla de cerca de treinta mil campesinos), fue ocupada en 1932; así se podría seguir, aunque, es claro, el caso nicaragüense es uno de los más paradigmáticos de todos, por lo cual se tratará con mayor profundidad.

Luego, bajo el gobierno demócrata (de partido) de Woodrow Wilson, lo fundamental será la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, en un primer momento de manera indirecta, solo con apoyo económico y militar a Inglaterra y Francia; después, en abierta contienda contra Alemania. Como se sabe, de esta Primera Guerra Mundial queda un saldo muy favorable para los Estados Unidos: surge vencedor, sin daños en su territorio, como potencia política, industrial y militar, y como nuevo acreedor mundial. Además, las empresas estadounidenses, que desde fines del siglo xix

venían invirtiendo en suelos latinoamericanos, incrementan el nivel de sus inversiones y trascienden las fronteras. Quizás el caso más conocido sea el de la United Fruit Company y sus múltiples filiales¹.

Tras la Gran Depresión, iniciada en 1929, y, quizás, como consecuencia de esta, bajo la presidencia del segundo Roosevelt (Franklin D.), se implementa la política del Buen Vecino. Así, se logra la adhesión de algunos gobiernos latinoamericanos hasta ahora reticentes, con el claro propósito de mejorar las relaciones comerciales como una condición básica de abastecimiento producido por las vicisitudes de la crisis económica. Por lo demás, crisis recurrente en el sistema capitalista.

Ya para la Segunda Guerra Mundial, en los años cuarenta del siglo xx, la participación de los Estados Unidos resulta crucial para los intereses occidentales, pero fundamentalmente en la situación de posguerra, ya que el sistema internacional es organizado de forma tal que los Estados Unidos se convierten en un país indispensable para el nuevo ordenamiento mundial.

Hasta aquí, se pretendía mostrar que la división del mundo bajo dos zonas de influencia político-militar, cultural y económica en la Guerra Fría, no obedecía en el caso Latinoamericano a una situación *ad hoc*, sino que existían ya antecedentes obvios de intervencionismo. Entonces, a esta región le correspondió ser víctima inocente del hegemonismo estadounidense, como a otras

les tocó serlo del soviético (Maira, 2006). Ya se conocen las continuas intervenciones a la luz de la doctrina Truman de 1947 y su retórica anticomunista. Se pueden constatar, una vez más, las consecuencias que esta tuvo para América Latina en un contexto de Guerra Fría y de confrontación este-oeste: se manipula la revolución de Bolivia iniciada por el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) con gran apoyo obrero-campesino; hay indicios de participación de la CIA en el asesinato de Gaitán en Colombia –según confesión de un agente capturado en Cuba en los años sesenta²–; se intervino en 1954 en Guatemala para derrocar el régimen democrático y progresista de Jacobo Arbenz; en 1964 se invade República Dominicana; en 1973 se apoya el golpe militar contra Salvador Allende en Chile. En la década del ochenta, se respaldó a las dictaduras corruptas de Centroamérica y en Nicaragua se apoyó a los Contras luego de triunfar la revolución del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSNL). En 1983 se invadió la pequeña isla de Granada en el Caribe, sin justificación alguna. También hay que recordar las constantes agresiones y bloqueos económicos contra Cuba después del triunfo de la revolución de 1959. Esto, sin dejar de lado el apoyo político y económico de todos los regímenes militares y dictatoriales que enarbolaban la bandera anticomunista e igualmente las intervenciones encubiertas y no tan visibles como las anteriores. Se hace referencia a la política de Kennedy de la Alianza para el Progreso y con esta, el plan LASO (Latin American Security Operation) sumado

1 No estará de más recordar la historia colombiana y el ignominioso suceso de la masacre de las bananeras en 1928, como un ejemplo cercano de las políticas adelantadas por el gobierno norteamericano y sus cipayos o “asimilados” (Fanon, 2001) nacionales. Asimismo, recordar a insignes pensadores en cuanto logran romper con las tendencias de su tiempo y hacerse escuchar después de tantos años. Por ejemplo, Jorge Eliécer Gaitán (a quién la prensa oficialista tildaba despectivamente como ‘el negro’ Gaitán), dirá desde su tribuna parlamentaria, a propósito de lo mencionado, que “se trataba de resolver un problema de salarios por medio de la bala de las ametralladoras del gobierno. Naturalmente el gobierno no ejerció ninguna presión para que se reconociera la justicia a los obreros. Estos eran colombianos y la compañía americana. Y, dolorosamente sabemos que en este país el gobierno tiene la metralla homicida para los hijos de la patria y la temblorosa rodilla en tierra ante el oro yanqui” (Gaitán, s. f.).

2 Se recomienda la lectura de los textos de Gloria Gaitán incluidos en las referencias.

además a la doctrina de Seguridad Nacional y la lógica del enemigo interno, que tanta represión generó sobre la población que tomaba distancia de las políticas gobiernistas (Mires, 1988).

Entre 1989 y 2001 se evidencia una *nueva* retórica basada en tres ejes fundamentales: el narcotráfico, la democracia y los derechos humanos. Bajo estos postulados, se invade a Panamá en 1989 y a Haití en 1994. En este sentido, en el nuevo milenio, se interfiere en el área andina con el Plan Colombia. El tema del narcotráfico ha invadido las agendas de los países, pese a promoverse, de manera tímida y soterrada, alternativas a la prohibición.

De igual manera, en los últimos veinte años no se puede negar la imposición de un modelo neoliberal basado en las privatizaciones, la apertura y la liberalización de los mercados que desemboca en la negociación de los TLC bajo la imposibilidad de un Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) sin Brasil y Venezuela. Además, las crisis recurrentes del capitalismo terminan legitimando un discurso extremista y xenófobo, como ha sido evidente en la construcción de muros a través de la frontera con México y las prácticas discursivas del Partido Republicano.

Ahora bien, en este texto se toma distancia crítica de planteamientos esgrimidos por analistas como Maira (2006), quien, al seguir a Carlos Rico en "Interdependencia y trilateralismo: orígenes de una estrategia", plantea la "no política estadounidense hacia América Latina" (p. 200) durante el periodo señalado. Además, agrega que durante la segunda mitad del siglo xx solamente fue importante la región tras las revoluciones triunfantes en Cuba y Nicaragua e infiere que las convulsiones señaladas y los miles de asesinados y desaparecidos durante las dictaduras, simplemente responden a condiciones internas.

Como se evidencia en la actualidad, y después del 11 de septiembre de 2001, se presenta un nuevo giro lingüístico sistemático y sistémico, ahora contra el terrorismo. Se invade Afganistán y luego Irak sin razones reales ni justificadas por el derecho internacional. En América Latina, es claro el alineamiento de todos los gobiernos en su agenda interna, so pena de ser considerados como gobiernos enemigos y miembros del denominado *eje del mal*.

Estamos más cerca de opiniones como las de Chomsky cuando aduce que "la guerra contra el terror ni es nueva ni es guerra contra el terror" (2001, p. 70). Se trata de una continuidad en el tiempo, no solo de expresiones ambiguas, sino también de estructuras culturales e institucionales, de los planes y políticas destinados a reafirmar, a traer de vuelta, los designios siempre presentes de un sistema que impone unilateralmente sus intereses. No deja de ser lamentable que algunos intelectuales, de manera premeditada o no, contribuyan a este propósito al desviar los temas de interés vital. Es lo que Rodney (1982) denomina "líneas de transmisión", que, si bien constituyen una gran minoría, no por ello debe subestimarse su función. Al respecto, Chomsky sugiere que "no debemos subestimar la capacidad de campañas de propaganda bien dirigidas para llevar al pueblo a una conducta irracional, criminal y suicida" (2001, p. 72). Es muy importante, en esta misma línea argumentativa, deconstruir lo que Zinn logra identificar, que "nuestros ciudadanos [estadounidenses] han sido educados para creer que nuestro país es distinto de todos los demás, que es una excepción en el mundo, con una posición moral única, llamado a extenderse hacia otros territorios para llevarles la civilización, la libertad y la democracia" (2007, pp. 218-219). La situación no debe ser muy diferente en América Latina para comprenderse a sí misma como depositaria pasiva de todas estas ideologías y tramas inventadas en la historia. Es la negación de sí mismo (Fanon, 2001) como expresión de alienación.

Caso Nicaragua: particularidades

Nicaragua fue invadida por *marines* estadounidenses durante casi 25 años, desde 1909 hasta 1933. Antes de 1909 fueron efectuados varios empréstitos con empresas bancarias norteamericanas que llevaron al país a una total dependencia en el campo de la incipiente industria extractiva y de la producción frutera en cabeza de la Standard Fruit and Steamship Corporation, filial para Nicaragua de la United Fruit Company. Durante la ocupación se firman diversos tratados, particularmente el tratado Bryan-Chamorro de 1914, que da a los Estados Unidos la prioridad durante 99 años para la eventual construcción de un canal interoceánico (Mires, 1988).

En 1926 surge la figura casi mitológica del líder nicaragüense Cesar Augusto Sandino, que en ese año y en las toldas liberales, para autonomizarse luego, inicia una lucha guerrillera en contra de la injerencia norteamericana en su país, lucha que evidentemente mantiene hasta la desocupación formal en 1933. Sandino depone sus armas para luego ser asesinado en 1934 por la Guardia Nacional, en cabeza de Anastasio Somoza, futuro dictador. En 1937 asciende este al poder tras un golpe de Estado e instaura una dictadura familiar que se va conservar a través del tiempo hasta 1979 y se caracterizará, precisamente, por el nepotismo, la corrupción y el progresivo acercamiento a los Estados Unidos. La dictadura se conserva en manos de Anastasio Somoza hasta 1956, año en que es asesinado por un periodista; es sucedido por sus herederos: Luis Somoza Debayle y Anastasio Somoza Debayle, respectivamente. En el año 1962 nace el FSLN, inspirado en el líder nacional de los años veinte. Tras una lucha

en contra de la dictadura somocista y gracias también a contradicciones internas del bloque dominante (Mires, 1988), se hace con el poder estatal hacia el año 1979 cuando ocupa el palacio Nacional de Managua. El nuevo grupo en el poder era una extraña mezcla de diversas ideologías: desde el marxismo-leninismo hasta tendencias burgueses de oposición al régimen. Luego de lograr la reunión de todos estos grupos, el FSLN pasó a encabezar la junta de gobierno de reconstrucción nacional que se mantuvo en la dirección hasta 1984, año en que se convocan elecciones y uno de sus miembros, Daniel Ortega, resulta elegido. En 1990, las presiones internacionales, la crisis económica y la inestabilidad política nacional obligan al régimen a adelantar elecciones. En estas, los sandinistas fueron derrotados por la coalición Unión Nacional Opositora (UNO), liderada por Violeta Barrios de Chamorro, miembro inicial de la Junta de Reconstrucción³. En 1996, tras nuevas elecciones, el FSLN presentó como candidato al mismo Daniel Ortega, quien nuevamente perdió, esta vez frente al candidato de centro derecha Arnoldo Alemán. Para el 2002, el FSLN, aún tras moderar su discurso e incluir tendencias religiosas, perdió de nuevo y se vio obligado a adelantar el congreso de renovación sandinista con el objeto de debatir los cambios estructurales e ideológicos sufridos por el movimiento. En 2007 obtuvo de nuevo el triunfo electoral, aunque las expectativas eran diferentes si se comparan con la otrora revolución. Vale cuestionarse, ¿por qué fracasó una revolución que contaba con el apoyo de la población mayoritaria?

3 Para una interpretación de primera mano de los hechos ocurridos durante este periodo, consúltese el libro *Adiós a los muchachos: una memoria de la revolución sandinista* (2007) de Sergio Ramírez (antiguo dirigente sandinista).

Se podría hablar de presiones externas, agresiones y ataques militares directos que llevaron a un endurecimiento del régimen, a adoptar medidas autoritarias que, con el tiempo, le hicieron perder la popularidad con la que gozaba al concluir la dictadura somocista. Entre las medidas adoptadas por el FSLN se pueden mencionar⁴: centralización de la economía para la preparación bélica, el gasto en defensa llegó en 1983 al 40 % del presupuesto nacional; reubicación forzosa de sectores de la población (indígenas Miskitos, Sumo y Rama) por razones de *seguridad* nacional sin atender a las necesidades locales; restricción a libertades civiles, al derecho de huelga y censura a la información, entre otras.

Sus críticos, de manera oportuna se valieron de estas nuevas políticas para acusar al movimiento de tendencias totalitarias ajenas al bienestar de la población. Lo anterior, sumado a escisiones en el FSLN por parte de dirigentes que no estaban de acuerdo con las directrices del movimiento, como Edén Pastora en cabeza de la Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE), además de la presión del brazo político de los Contras –el Frente Democrático Nicaragüense (FDN)–, llevaron al país a una confrontación cada vez más polarizada entre su población. Pero fue, sin duda, la política exterior estadounidense uno de los factores que más influyó en la inestabilidad del gobierno sandinista, como se podrá observar a continuación.

La administración Carter (1977-1981) realmente se abstuvo de emprender acciones hostiles hacia Nicaragua. Se puede inferir que, más que por el apoyo popular a la revolución, fue porque el régimen depuesto era violador de los derechos humanos, principal bandera ondeada

durante el gobierno norteamericano. Incluso, para la época, el Congreso norteamericano aprueba crédito hasta por 75 millones de dólares de ayuda al régimen en Nicaragua.

La guerra contra Nicaragua comienza en plena campaña presidencial del candidato republicano Ronald Reagan. Este hablaba de exterminar la amenaza comunista que supuestamente los invadiría por el sur; de recuperar el hegemonismo norteamericano perdido en las pasadas administraciones débiles frente al comunismo internacional, etc. (Arriola, 1986; Díaz, 1985). Al ganar las elecciones, el gobierno norteamericano inmediatamente reduce la importación de azúcar nicaragüense hasta en un 90 %, se suspende el pago de los últimos 15 millones de dólares del crédito aprobado por el Congreso y se incrementa la ayuda militar a los demás países de la región en 1982. Pero el capítulo más aterrador y desolador es, sin lugar a duda, el apoyo directo a la guerrilla contra-revolucionaria, conocida como los Contras, que mantenían sus principales bases en Honduras y se constituían en un ejército regular de más de 12 000 hombres, según analistas, y en más de 20 000 luchadores por la libertad, según Reagan (Díaz, 1985). También se expidió la doctrina Reagan para apoyar a los movimientos contrarrevolucionarios que luchaban y procuraban detener el comunismo internacional.

Otro capítulo lamentable es el relacionado con el escándalo conocido como *Irangate*. Según García-Peña (1994), funcionarios del gobierno estadounidense le vendían armas al gobierno de Irán, un *enemigo*, para profundizar un conflicto en Medio Oriente y luego enviar las ganancias del negocio a financiar a los Contras en sus ataques.

⁴ Para la construcción de los siguientes argumentos consúltese el texto *USA desde adentro: temas de historia y política* de Daniel García-Peña (1994, pp. 161 y ss.).

A pesar del repudio público y del proceso iniciado contra funcionarios del Gobierno, no pasó nada.

Para el año 1983 se minan los puertos nicaragüenses y se atacan las refinerías petroleras e instalaciones portuarias frente a la mirada pasiva de la comunidad internacional. Luego de constantes denuncias por parte de Nicaragua frente a la comunidad internacional y a la inter-

Grupo Contadora

Integrado por cuatro países, México, Venezuela, Colombia y Panamá, surge como la primera iniciativa latinoamericana para buscar una solución del conflicto por medios políticos y no militares e intervencionistas en la región centroamericana. Su nombre se debe al lugar donde se reunieron por primera vez, en 1983, los ministros de relaciones internacionales de los países miembros: Contadora, una isla panameña del Pacífico. Precisamente, en este aspecto radica la importancia del Grupo Contadora, pues, por primera vez, se muestra el deseo de autonomía en la región –aunque en la guerra de las Malvinas la OEA había tomado distancia frente a los Estados Unidos por el apoyo logístico otorgado al Reino Unido–. Maira (2006) plantea que este grupo es un primer caso exitoso de separación de los designios estadounidenses. Ya se verá si realmente fue exitoso.

En Washington se veía con incertidumbre la idea de cuatro países débiles para solucionar los problemas *dentro de su territorio*, aunque formalmente se apoyó a la iniciativa. Sin embargo, debemos decir que el recelo frente a la aparición de potencias regionales, la incapacidad real para contrarrestar las arremetidas guerreristas de los interesados en mantener el conflicto, factores económicos y el no compromiso dieron al traste con el programa apoyado por el grupo (Cepeda y Pardo, 1985; Rouquié, 1994). Dicho programa,

venció constante y pacífica del Grupo Contadora, el Tribunal Internacional de Justicia aprobó una resolución en la que se sanciona a los Estados Unidos por su actuación frente al país centroamericano. En el año 1986, los EE.UU. simplemente ignoran la sanción y no la acatan, por lo que al tribunal no le quedó ninguna vía de recurso o presión (Hardt y Negri, 2006).

fundamentado en varios puntos y presentado en enero de 1984 (Drekonja-Kornat, 1985), si bien con la mejor intención, no logró trascender el espectro meramente retórico.

En una primera parte, el primer capítulo sobre seguridad, quizás el más importante en la coyuntura, estableció, por un lado, “la necesidad de inventario de la situación militar en Centroamérica para facilitar una política de desarme que prevé una máxima limitación y un equilibrio sensato de las fuerzas militares en la región” (Drekonja-Kornat, 1985, p. 32), aunado a la elaboración de una lista y un cronograma para el retiro de todos los asesores extranjeros. Se hacía hincapié en la urgente identificación y desmantelamiento de todo tipo de apoyo o tolerancia a fuerzas irregulares que alimentaran la desestabilización institucional de los países centroamericanos: esto incluía, por supuesto, “la determinación de las zonas y caminos del comercio ilegal de armas hacia Centroamérica y a través de ella” (p. 32).

Según Drekonja-Kornat, en el capítulo “Cuestiones políticas” del programa se hacía alusión a la necesaria participación política de la población, aunque reducida a términos electorales, principalmente en la “garantía de elecciones y pluralismo” (1985, p. 32); en otro capítulo, “Cuestiones económicas y sociales”, se habló

vagamente “del fomento de las economías de la región” y de que sus habitantes “tengan todo el derecho al trabajo, educación, salud y cultura” (p. 32), sin establecer los medios adecuados para lograrlo, lo que hace inocuo su contenido, pues ¿alguien osaría no mencionar lo social?

En la parte dos de la propuesta, se “encomendó al ‘grupo técnico’ la elaboración de agendas programáticas, mientras que la tercera parte anunciaba la formación de tres comités de trabajo que deberían convertir las normas de ejecución en un *tratado de paz* para la región” (Drekonja-Kornat, 1985, p. 33), cuyo plazo vencía unos meses después. Con propuestas tan imprecisas y abstractas, no es difícil explicarse por qué no lograron cumplir su cometido.

Frente a la diplomacia regional y muy particularmente lo que significó el Grupo Contadora para la solución pacífica y política de lo que se perfilaba como un conflicto armado de carácter regional, es necesario decir que fue importante ya que ayudó a evitar que estallara una guerra abierta y no vedada en Centroamérica. Pero en cuanto a su objetivo de lograr la paz, se quedó corto, además, frente a las agresiones externas a Nicaragua, fue poco lo que pudo hacer y aún menos frente a la invasión a Granada. Vale la pena reiterar que, si bien en términos de *pretensión* de autonomía fue importante, en términos de resultados concretos fue muy poco lo que se logró hacer. Como afirma Drekonja-Kornat, “Contadora se redujo a una burocracia formal negociadora con menos agendas cada vez” (1985, p. 33).

La enseñanza de la era reaganiana es menos que alentadora. Por una parte, se construyó de nuevo la idea de patio trasero hacia Latinoamérica; se demostró la incapacidad de los organismos internacionales para sancionar efectivamente a las potencias infractoras de los acuerdos

internacionales. También, las pretensiones de autonomía de ciertas *potencias* medianas y regionales simplemente fueron ignoradas, o quizás peor, utilizadas para legitimar posturas guerreristas, lo cual se puede afirmar porque se enviaban representantes a dialogar sobre una eventual salida político-negociada al conflicto, pero, por *debajo de la mesa*, se incitaba a la confrontación con ataques directos a Nicaragua. Todo lo anterior, sumado al dogmatismo de la izquierda tradicional, llevó al gobierno sandinista a implementar medidas bastante autoritarias que socavaron el apoyo popular del gobierno y propiciaron su descalabro político.

Por otro lado, si bien ya se habían presentado intentos de integración regional con presupuestos básicamente comerciales (*v. g.* Pacto Andino de 1969) o de seguridad, se presenta con Contadora el inicio de una diplomacia que pretendió ser alternativa a los designios del país hegemónico del continente, pero fracasó. Esas pretensiones de autonomía no resultaron ser más que eso. La materialización real de sus propuestas no fue posible porque se carece de autonomía en la región en los diversos ámbitos (sociocultural, económico, político-jurídico, institucional, entre otros), no como consecuencia idiosincrática, climática o racial irremediable (solía decir Laureano Gómez), sino como ejercicio histórico de subordinación, evidente en las páginas anteriores.

Después de Contadora, se desembocó en otras organizaciones regionales pero de carácter intergubernamental con gobiernos débiles y sin participación de otros sectores o visiones más allá de las netamente empresariales (el G-3, el Grupo de Río, la Asociación de Estados del Caribe, etc.) con el propósito de profundizar las relaciones comerciales, esencialmente, bajo la égida de la muy mencionada reestructuración capitalista manifiesta en los procesos de

globalización neoliberal (mercados y capital). O también, a través de instancias intergubernamentales importadas (Comunidad Andina de Naciones como remedo de la Comunidad Económica Europea) se buscó alcanzar los mismos objetivos que hoy parecen desvanecerse por la inserción dependiente de algunos países a los procesos globalizadores a través, básicamente, de tratados de libre comercio.

Se tienen instituciones supra-nacionales que ninguno de los países miembros respeta (v. g. el Tribunal Andino, pues de 43 sentencias solo se habían cumplido veinte para el año 2008); Parlamento y Comisión que carecen de legitimidad, por lo menos electoral; instituciones intergubernamentales que no promueven nada más que tratados que no se aplican y que no se asientan en acciones de hecho; varios consejos (Presidencial, de Ministros, Colsultivos Empresarial y Laboral; Convenios Culturales, hasta Corporación Andina de Fomento) para nada funcionales a los procesos de integración con países que siguen reivindicando su soberanía (¿soberana ironía?); hasta Universidad Andina Simón Bolívar que no se piensa en perspectiva regional, etc. Lo único claro es que no se pueden simplemente –y afortunadamente también– imitar contextos específicos, que se deben iniciar estos por crear ideas propias y funcionales a la región, con las cuales la población logre identificarse y, mediante mecanismos apropiados, esté en capacidad de ejercer algún tipo de presión frente a dichos procesos, pensando en construir nuevos espacios de integración más allá de lo económico y financiero; aunque, para eso, se requiere de reales procesos de autonomía en cada país.

Sin duda alguna, se necesitan fundamentalmente tres consecuencias de una única causa, si se quiere, de carácter bifurcado. En primer lugar, las consecuencias: 1) líderes (dirigentes) funcio-

nales a estos procedimientos y no al capital internacional. Esto implica, por supuesto, respetar los procesos adelantados en la identificación de necesidades por parte de las propias comunidades locales (Nyerere, 2001). Es una reconfiguración de la matriz Estado-céntrica; 2) independencia técnico-empresarial con altísimos niveles de educación y formación de la población, diversificando la oferta productiva bajo una premisa básica: soberanía alimentaria, y 3) se requieren ciertos factores estructurales en el escenario internacional, como la capacidad estatal para promover proyectos de autonomía: independencia político-militar, recursos humanos (de nuevo, educación) y cohesión sociopolítica que no es lo mismo que unilateralismo.

Con lo anterior se evidenciaría la causa, autonomía y soberanía económica: las revoluciones o los cambios sociales estructurales no se pueden realizar sin recursos e independencia económicas. Como menciona Amir, “las revueltas del Sur cuando se radicalizan se topan con los desafíos del subdesarrollo. Sus ‘socialismos’ llevan siempre, por ello, contradicciones entre las intenciones de partida y las realidades posibles” (2009, p. 23). Si bien la región latinoamericana no ha presentado una ruptura real en la práctica con los Estados Unidos, sí se han generado ciertas dinámicas que posibilitan un cambio lento pero seguro hacia la anhelada autonomía. Es de lamentar que aún no se realice a nivel intraregional, sino más bien de manera aislada y solitaria, muy a pesar de Unasur; esta, sin gran institucionalización, ha logrado mostrar mecanismos suficientes para realizar acuerdos allende lo económico a nivel subregional, aunque con una lógica desarrollista de la cual es mejor distanciarse.

Para concluir, aún se padecen las consecuencias de la política Reaganiana con medidas que han sido impuestas sobre los Estados que no han podido sacudirse aún del *liderazgo* norteamericano

en la región. De hecho, el péndulo político ha oscilado de nuevo y aquellas dinámicas que se percibían como alternativas en Brasil, Nicaragua, Ecuador, Uruguay, Argentina, Venezuela o Bolivia, han mostrado limitación en su acción: corrupción generalizada y caudillismo desinstitucionalizador. El comienzo de un cambio de perspectiva en el continente, en medio de errores desarrollistas, deberá contribuir a profundizar el proceso de autonomía: ahora bien, es importante tener muy claro que la lucha en primera instancia será contra los designios hegemónicos de los Estados Unidos, pero también de manera más estructural, la lucha de fondo es contra el capital internacional que ha subyugado la dignidad de la población.

Todo es un proceso en construcción, sin avances finales, más bien, con desafíos constantes. Esto se constituye en una tarea siempre irresuelta para quienes decidan, desde la investigación

y la docencia, empezar a plantear alternativas realmente distintas que comiencen por forjar mentes críticas y dispuestas a pensar en escenarios prospectivos y democráticos que aún no son, pero que existen como posibilidad. Como plantea Fanon (2001 y 2011), la cuestión de fondo es un necesario redescubrimiento expresado en la lucha por la liberación de pasados coloniales, de toda atadura, de todo dogma, lo cual le otorga sentido a la incertidumbre latente en el título de este trabajo. Esta tarea, desde luego, tiene un primer obstáculo: nosotros mismos. Si logramos deconstruirnos, las perspectivas estarán abiertas. Siempre abiertas. Será la recuperación (y construcción) de nuestra *Ujamaa* (Nyerere, 2001), es decir, nuestros nuevos *tipos de vida*, formas de organización social, comunitaria, alternativa, que existen como posibilidad frente al mundo tal cual es, que existen como lo que *no-es*.

Referencias

- Amir, S. (2009). Introducción. Frantz Fanon en África y Asia. En F. Fanon, *Piel negra, máscaras blancas* (pp. 5-28). Madrid: Ediciones Akal.
- Arriola, M. (1986). El Grupo Contadora y el problema de la distensión en Centroamérica. *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 7, 109-115. Recuperado de <https://bit.ly/2wJL2s6>
- Cepeda, F. y Pardo, R. (1985). *Contadora: desafío a la diplomacia tradicional*. Bogotá: Editorial Oveja Negra - CEI.
- Chomsky, N. (2001). 11/09/01. Barcelona: RBA.
- Díaz, A. (1985). *Contadora: desafío al imperio*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- Drekonja-Kornat, G. (1985). El grupo de Contadora en el conflicto centroamericano. En F. Cepeda y R. Pardo (eds.), *Contadora: desafío a la diplomacia tradicional* (pp. 23-36). Bogotá: Editorial Oveja Negra - CEI.
- Fanon, F. (2001). Racismo y cultura. En: E. Chukwudi (comp.), *Pensamiento africano: ética y política*, (pp. 38-52). Barcelona: Bellaterra.
- Fanon, F. (2011). *Los condenados de la tierra*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Gaitán, G. (s. f.). *Gaitán frente a USA – USA frente a Gaitán*. s. l.: Mimeo.
- Gaitán, G. (1987). *Lo que no dijo el poder*. Bogotá: Mimeo.
- García-Peña, D. (1994). *USA desde adentro: temas de historia y política*. Bogotá: Fundación Simón y Lola Gubereck.
- Hardt, M. y Negri, A. (2006). *Multitud*. Barcelona: Ediciones de Bolsillo.
- Keohane, R. (1993). *Instituciones internacionales y poder estatal: ensayo sobre la teoría de las relaciones internacionales*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano.
- Maira, L. (2006). Escenarios y aprendizajes acerca de la política de Estados Unidos hacia América Latina (1980-2006). *Norteamérica. Revista Académica del Cisan-UNAM*, 1(2), 193-215. Recuperado de <https://bit.ly/2Vup5Yv>

- Mires, F. (1988). *La rebelión permanente: revoluciones sociales en América Latina*. México D. F.: Siglo XXI editores.
- Nyerere, J. (2001). Los líderes no deben ser amos. En E. Chukwudi (comp.), *Pensamiento africano: ética y política* (pp. 19-25). Barcelona: Bellaterra.
- Ramírez, S. (2007). *Adiós a los muchachos: una memoria de la revolución sandinista*. Madrid: Alfaguara.
- Rodney, W. (1982). *De cómo Europa subdesarrolló a África*. México D. F.: Siglo XXI Editores.
- Rouquié, A. (1994). *Guerras y paz en Centroamérica*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Zinn, H. (2001). *La otra historia de los Estados Unidos: desde 1492 hasta hoy*. Nueva York: Siete Cuentos Editorial.
- Zinn, H. (2007). *Sobre la guerra: la paz como imperativo moral*. Barcelona: Random House Mondadori.